

Nuevos patrones de movilidad y el papel del asentamiento en la redefinición de los territorios indígenas del país: el caso del valle de San Quintín

Abbdel Camargo Martínez*

ISSN: 2007-6851

p. 17-p. 24

Fecha de recepción del artículo: 11 de enero de 2016

Fecha de publicación: agosto de 2016

Título del artículo en inglés: "New mobility patterns and the role that settlement has played in redefining indigenous territories. Case in point: the San Quintín Valley"
diariodecampo.mx

Resumen

En los estudios de las poblaciones jornaleras en México tradicionalmente ha predominado el enfoque temporal de la movilidad poblacional, y sólo en recientes fechas se han ido documentando los nuevos patrones de migración, los cuales ahora incluyen el asentamiento permanente y el arraigo de estas poblaciones en los sitios de trabajo. En el valle de San Quintín se observa cómo la presencia permanente de los grupos indígenas ha ido marcando una nueva relación de estas comunidades con la territorialidad, sus formas organizativas y el desarrollo de su etnicidad, todo esto desde una nueva condición: la de ser colono.

Palabras clave: migración, indígenas, San Quintín, territorio, colono, residente.

Abstract

Studies of farmworkers in Mexico have traditionally been dominated by a seasonal approach to temporary mobility and only recently have new patterns of migration been documented, including permanent population movements and the settlement of these populations in the workplace. The San Quintín Valley shows how the permanent presence of indigenous groups has marked a new relationship of these communities with territoriality, the way they are organized, and the development of their ethnicity, all of this taking place from a new condition: as a settler.

Keywords: migration, indigenous people, San Quintín, territory, settler, resident.

Un aspecto relevante de la realidad indígena contemporánea en México es el fenómeno de la migración. En las últimas décadas, decenas de comunidades indígenas en todo el país han experimentado fuertes procesos de movilidad poblacional a lo largo del territorio nacional, pero también hacia destinos lejanos como Estados Unidos y Canadá.

El proceso acelerado de migración que viven los grupos indígenas del país se vio incrementado a partir de la década de 1970, cuando México adoptó un modelo de industrialización y urbanización que implicó el tránsito desde una economía agrícola tradicional hacia una urbana industrial.

Este impulso se complementó con la instauración de una política agraria y forestal sustentada en un modelo que privilegia el monocultivo y la producción de alimentos destinados al mercado, y a la vez descuida el apoyo y sostenimiento del sistema productivo campesino sostenido en la diversidad y en el mantenimiento de la producción de granos básicos para la subsistencia (Canabal, 2009).

Este cambio en la política agroproductiva provocó un descenso de las actividades agrícolas en las regiones indígenas, sobre todo en el centro y el sur del país, e intensificó la producción de culti-

* Coordinador del Área de Estudios e Investigación, Instituto de Estudios y Divulgación sobre Migración, A.C. (abbdel@gmail.com).

vos con un perfil de tipo comercial en otras regiones, como el norte y noroeste de México. Como consecuencia de esta reforma estructural, las regiones indígenas de los estados del sur comenzaron a enviar contingentes de mano de obra a las ciudades, a los destinos turísticos y a los nodos de agricultura comercial que se desarrollaban en el norte de la república.

En particular, los jornaleros agrícolas, en su mayoría población indígena, se han caracterizado por ser una mano de obra flexible y especializada en las labores del campo. En este contexto, la composición étnica de la mano de obra en mercados laborales altamente competitivos, como el agrícola, se ha caracterizado por agregar a la oferta de su fuerza de trabajo su disponibilidad para incorporarse en forma productiva como mano de obra móvil. Tal característica permite la capacidad competitiva de los jornaleros agrícolas indígenas, al adecuarse tanto a los ciclos estacionales de producción como a las exigencias variables del mercado (Chávez, 2009). Por eso los estudios sobre estos trabajadores han priorizado un enfoque centrado en su movilidad estacional y a menudo los han calificado como contingentes desarraigados y en nomadismo permanente.

En contraposición a esta visión dominante, otros estudios comienzan a reportar transformaciones en los patrones de movilidad, que ahora incluyen estancias mucho más largas en las regiones de trabajo o su permanencia definitiva.¹ Desde nuestra perspectiva, el valle de San Quintín representa un espacio regional donde se desarrollan nuevas dinámicas de movilidad que ahora incluyen el asentamiento, la sedentarización y el arraigo de la población en los lugares de empleo. Estos espacios de trabajo, que a la vez lo son de vida, se articulan con una territorialidad definida en la experiencia vivida por estos trabajadores y constituyen lo que algunos autores han llamado "territorios migratorios" (Faret y Cortés, 2007).

En San Quintín, esos territorios se componen por los campamentos agrícolas y las cuarterías donde ha residido la población, y se coronan con la irrupción de decenas de colonias de trabajadores que han crecido de manera abrupta en toda la zona. Fuera de sus comunidades de origen, esta nueva territorialidad representa un referente identitario donde estas poblaciones comienzan a desplegar sus formas orga-

nizativas, sus instituciones y su etnicidad (Stephen, 2007), con lo que redefine la presencia indígena fuera de los territorios tradicionales.

En el presente trabajo me interesa mostrar los procesos de adaptación y reterritorialización de esta población indígena jornalera bajo una nueva figura de la identidad residencial: la de ser colono, en un contexto regional donde se viven intensas formas de integración de los mercados de trabajo globales, con importantes implicaciones en la definición de las nuevas geografías de los territorios étnicos del país.

El lugar. San Quintín

San Quintín es una de las zonas de mayor actividad productiva vinculada con la agricultura comercial del país. Se ubica en el noroeste de México, en el municipio de Ensenada, a 300 kilómetros de la frontera con Estados Unidos. Por su ubicación, representa un ejemplo del surgimiento de regiones específicas a partir de la integración económica entre México y aquel país en el campo de la fruta y la hortaliza, lo cual facilitó su rentabilidad en la agroexportación y al mismo tiempo marcó su dependencia a la dinámica del mercado internacional. Este mercado de trabajo vinculado a los mercados internacionales ha tenido una mayor competitividad por el uso intensivo de mano de obra representada por los trabajadores indígenas migrantes (Zabin, 1993).

De acuerdo con Velasco *et al.* (2014), la adaptación de esta región al mercado internacional se puede establecer con base en las siguientes etapas:

- 1) La fase inicial, que comprende la década 1970 y principios de la de 1980, definida por el desarrollo de una infraestructura que comunicó a la región con la frontera y facilitó la venta de productos agrícolas desde San Quintín hacia Estados Unidos, pues con la finalización de la carretera transpeninsular, en 1973, los primeros empresarios iniciaron con rapidez la producción de tomate para el mercado norteamericano.
- 2) La fase de expansión, que abarcó desde mediados de la década de 1980 hasta mediados de la de 1990, se caracterizó por la agricultura a gran escala, la integración a la economía estadounidense y la instalación de grandes compañías que generaron un proceso de producción y modernización tecnológica.
- 3) La fase de reestructuración productiva, desde mediados de la década de 1990 hasta nuestros días, en la que las empresas transitaban desde la producción de

¹ Por citar algunos ejemplos, véanse Saldaña (2014 y 2009) para el caso del estado de Morelos, Mora (2002) para el caso de San Luis Potosí y Lara (2008) para el de Sinaloa.



Fotografía © Claudia E. Delgado.

alto volumen hacia la producción de calidad con base en la innovación tecnológica –introducción de invernaderos y sistemas por goteo–, la diversificación de cultivos y la ampliación del ciclo de cosechas.²

Estos cambios explican la adaptación histórica de la región a un mercado de alimentos frescos a escala internacional, con impactos evidentes en la zona.

El desarrollo de este mercado de trabajo está enmarcado por el crecimiento del sector agrícola de exportación, que requirió movilizar a amplios contingentes de mano de obra –sobre todo con rasgos étnicos– para cubrir las necesidades de producción en el noroeste de México y en la California rural del suroeste de Estados Unidos. Desde entonces se han formado numerosos nichos residenciales en los espacios laborales por donde “circulan” los migrantes indígenas en busca de empleo (Tarrius, 2000; Camargo, 2011).

Un mercado de trabajo en pleno proceso de consolidación requirió el abastecimiento permanente de

² A partir de 2002 la producción total basada en el sistema de invernaderos empezó a crecer hasta llegar a cerca de 100 000 toneladas, correspondientes a 35% de la producción total en 2008. Su implantación es en particular notoria durante el ciclo primavera-verano, cuando la producción en invernadero representa 44% del total (Velasco *et al.*, 2014).

mano de obra, pues la población inmigrante ha representado la forma mayoritaria de participación económica. En este contexto se puede afirmar que la composición de la fuerza de trabajo en los mercados agrícolas ubicados en la frontera México-Estados Unidos se define por su composición étnica, por la circularidad de su movilidad transnacional y por cambios en los patrones de movilidad y en la composición de la mano de obra: de trabajadores en movimiento constante a trabajadores asentados y en proceso de arraigo en los sitios de trabajo (Velasco, 2007).

El perfil residencial

Desde su inicio, el sistema productivo generó un sistema residencial específico (Velasco *et al.*, 2014) que buscó aumentar la competitividad a través de la selectividad y movilidad de la mano de obra y de la precarización del trabajo, así como de las condiciones de vida y residencia. Al principio, en San Quintín predominó el modelo de producción estacional, que ofertaba trabajo por un tiempo determinado y donde las condiciones residenciales eran de carácter temporal, pues las necesidades productivas requerían de un trabajador en movilidad constante. Tal modelo perduró durante dos

décadas (1970 y 1980) y consolidó la imagen del jornalero agrícola como aquel trabajador errante que no guarda residencia fija en ningún sitio, pues al finalizar la temporada de trabajo regresa a su lugar de origen o anda errante en busca de trabajo en otras regiones del país. En los hechos, esta visión del trabajador estacional ha resultado muy útil para empleadores y empresas, pero también para el Estado, pues al “construir” una noción sustentada en el desarraigo y la estacionalidad de los trabajadores, éstos ven limitados sus derechos laborales y residenciales.

El perfil de la mano de obra y la temporalidad del trabajo definieron asimismo el tipo de residencia. A lo largo de la década de 1970 el tipo de residencia que dominó en la región fueron los campamentos, ubicados en los terrenos de la empresa, por lo común dentro de alguna zona de cultivo y lejos de las localidades urbanas, por lo que el aislamiento es característico de este tipo de residencia. Los alojamientos en los campamentos se constituyen por galerones muy rudimentarios, contruidos con materiales frágiles –como láminas de cartón o de aluminio–, sin luz ni agua corriente. Allí son pocas las escuelas y los centros de salud disponibles. Los galerones son dados a los trabajadores por los patrones, que no cobran alquiler a sus usuarios. Este tipo de residencia se caracteriza por la predominancia de condiciones de vida y trabajo precarias, por el aislamiento y segregación residencial, y por una vulnerabilidad social persistente.

En la década de 1970 la migración era principalmente individual, circular y de carácter temporal, pues sólo había empleo unos meses del año. Nada más los hombres migraban por cortas temporadas y eran alojados en los campamentos agrícolas, los cuales sobrepasaban con mucho el número de colonias y barrios indígenas existentes: para esos años se contabilizaban 24 campamentos y sólo tres colonias (Garduño, García y Morán, 1989).³

Otra forma residencial presente en la zona son las cuarterías, que aparecieron en la década de 1980. Se tra-

ta de habitaciones o cuartos individuales ubicados en las colonias o localidades de la zona, contruidas con materiales más sólidos –ladrillo y cemento– y ocupadas por familias que comparten el baño y el agua. En la cuartería se debe pagar renta, ya que la vivienda es proporcionada por el patrón a sus trabajadores, o bien éstos alquilan los cuartos por cuenta propia. Esta modalidad de residencia surgió cuando se modificaron los sistemas de enganche y traslado de la mano de obra y se rompió con el aislamiento presente en los campamentos, al dar cierta libertad de movilidad y empleo a los trabajadores.

Más tarde, a partir de una expansión de los mercados y de las constantes crisis de las economías agrícolas campesinas, la composición de los grupos de trabajadores transitó desde una migración individual o en pequeños grupos hasta una familiar y masiva. Desde mediados de la década de 1970 grupos enteros de familias se fueron incorporando a las corrientes de migración que satisficieron las demandas de mano de obra en los campos agrícolas.

En la década de 1980, debido a transformaciones en los procesos productivos y a la integración de los mercados, el perfil, la composición y la temporalidad de la migración se transformaron. Con esta nueva modalidad, la migración individual quedó desplazada por la migración de grupos familiares que se movilizaban a través de un complejo sistema de enganche que organizaba su desplazamiento y su inserción laboral. Este cambio implicó un reacomodo en el interior de los núcleos de trabajadores que, conformados en grupos de parentesco, fueron atraídos a las regiones de empleo para abastecer de mano de obra a mercados de trabajo como San Quintín, que se hallaban en pleno proceso de expansión (Vargas y Camargo, 2007).

El tránsito residencial. De campamento a colonia

Con la ampliación de los ciclos de cultivo promovidos por una fuerte inversión tecnológica, a partir de la década de 1970 las temporadas de trabajo se fueron ampliando y se empleó a más miembros de las familias jornaleras durante casi todo el año. Este proceso implicó una fuerte transformación en la composición de la mano de obra, la cual transitó de trabajadores temporales en movimiento constante y que residían en campamentos, a trabajadores asentados en colonias con empleo durante todo el año. A este cambio de residencia –de campamentos a colonias– se le ha denominado “proceso de asentamiento” (Coubès, Velasco y Zloliniski, 2009).

³ De acuerdo con la encuesta desarrollada por El Colegio de la Frontera Norte en 2003 (*Encuesta...*, 2003), en la década de 1980 había unos 40 campamentos habitados que llegaban a recibir hasta 400 personas cada uno. Para la de 1990 se contabilizaron 22 campamentos en la temporada invernal, con una población de 6288 personas y 1339 familias (Velasco *et al.*, 2014). En 2002 el número de campamentos en la zona disminuyó de manera importante, pues sólo había 27, habitados por poco más de 7000 personas. Además se registró que el número de habitaciones existentes en los campamentos oscilaba entre 4 y 426, un rango que dependía de la extensión del campo.

La modificación en las formas residenciales de los trabajadores –de campamentos a colonias– representó un cambio significativo en la vida de estas familias, pues la forma residencial segregada e imperante en los campos se movió hacia un patrón de asentamiento en localidades semiurbanas donde los colonos pueden desarrollar mecanismos de vida comunitaria más intensos (Camargo, 2004). Este proceso no estuvo exento de momentos difíciles en la vida de los trabajadores, pues el tránsito residencial no implicó necesariamente salir de una condición de pobreza y marginación. A pesar de las difíciles condiciones de vida imperante en la primera etapa de vida en las colonias, los trabajadores pudieron vislumbrar un horizonte mucho más promisorio para ellos y sus hijos. Con una vivienda propia, además de acceso a hospitales y servicios, distinguieron con claridad las condiciones de vida entre la residencia en los campamentos y ubicarse en las colonias.

Cabe aclarar que no se asume al asentamiento como una forma residencial que inhibe la movilidad geográfica de los individuos, pues se parte de la premisa de que el asentamiento de la población en los sitios de trabajo es parte intrínseca de los procesos de migración en un mercado de trabajo transnacional. De hecho, es a partir de la condición de residentes como se han generado nuevas formas de movilidad geográfica y patrones migratorios. Como señalan algunos estudiosos del tema (Coubès, Velasco y Zolniski, 2009: 28), este proceso de movilidad-asentamiento-movilidad es característico de la región fronteriza entre México y Estados Unidos, y debe entenderse como parte de un fenómeno global de movilidades humanas y procesos de arraigo simultáneos.

En perspectiva, el asentamiento de los trabajadores en San Quintín ocurrió por una serie de movilizaciones sociales iniciada por los líderes comunitarios en las colonias y los trabajadores del campo que residían en los campamentos de la región. Estas movilizaciones y alianzas entre líderes y trabajadores del campo pugnaban por el respeto a los derechos laborales y el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores en el valle.

El desenlace de tales movilizaciones propició la toma de terrenos y la creación de colonias de trabajadores por toda la zona, en un proceso que modificó el perfil poblacional de la región. Para dimensionar los alcances del mismo es necesario asomarse a estudios que dan cuenta del incremento de la población en

la zona. De acuerdo con Velasco (2002), entre 1980 y 1990 la población del valle creció de 4 694 a 23 354 personas; en la década siguiente (1990-2000) la población se duplicó, al incrementarse de 38 151 a 74 427 habitantes. Y en la primera década del siglo XXI (2000-2010) la población creció a una tasa de 4.3%, lo cual elevó la cifra a 92 177 habitantes que residían en cerca de 70 colonias (*Censo...*, 2010).

La forma en que se ha realizado el asentamiento de la población jornalera en los sitios de trabajo permite comprender cómo se han ido desarrollando nuevas comunidades locales que han transformado los espacios físicos y configurado novedosas identidades regionales. Todo esto a partir de una nueva condición: la de ser colonos.

Un nuevo referente territorial. La colonia

En este trabajo revaloro la categoría de “colono” para referirme a una forma social existente en el perfil residencial dominante del valle de San Quintín. Como categoría de análisis, “ser colono” mantiene un agregado sociológico importante, pues exalta procesos de formación de nichos étnicos y sociales donde se llevan a cabo procesos de producción de lo local. En el caso de San Quintín, la colonia se constituye en una unidad territorial que permite ubicar a los individuos en comunidades situadas con claridad, caracterizadas por una naturaleza concreta espacial y con una fuerte potencialidad para la reproducción social de estos grupos indígenas (Appadurai, 2001: 187).

En San Quintín la colonia permite formular nuevas herramientas de análisis para pensar la relación de estas poblaciones móviles en procesos de arraigo y su relación con el territorio, la formación de nuevas comunidades indígenas y la forma que adoptan sus instituciones y sus identidades. Dado que para los grupos indígenas el territorio es la base de su reproducción cultural y de la articulación de su identidad (Millán y Valle, 2003) el asentamiento de la población en el valle obliga a tomar como referencia la nueva unidad territorial donde los grupos indígenas están desarrollando sus instituciones: la colonia.

Así, mientras que desde los estudios de jornaleros en la California rural se critica la noción de “colonia”, pues ésta no permite entender la transformación hacia “comunidades” como resultado del proceso de reestructuración de la agricultura californiana (Palerm, 2010), nuestro enfoque toma a la colonia como un referente

territorial útil donde se desarrollan formas comunitarias y perspectivas residenciales novedosas.

La colonia se conforma de manera espacial por lotes enmarcados en manzanas y núcleos familiares en contigüidad residencial; es también el territorio común donde conviven varios grupos étnicos que conforman varias "comunidades", las cuales no se estructuran a partir de barrios ni secciones, sino como asentamientos residenciales mixtos, étnicamente diferenciados, donde se conforman unidades espaciales de una proporción étnica particular de mayor peso.

Por ejemplo, una vez asentados en San Quintín, los triquis de la región de Copala, Oaxaca, conformaron la colonia Nuevo San Juan Copala, la cual pronto se convirtió en el espacio residencial de arraigo y pertenencia grupal triqui por excelencia. En este caso el Nuevo San Juan Copala representa el espacio residencial de mayor peso, que aglutina al conjunto de asentamientos triquis dispersos en otras colonias de la región y que conforman los barrios satélites de este núcleo primario de la identidad territorial triqui. Esto significa que la colonia delimita esa nueva territorialidad indígena y se convierte en el espacio de reproducción étnica, la cual aleja la conformación tradicional del pueblo y transita hacia una localidad. La colonia es entonces el nuevo ámbito de pertenencia, donde se desarrollan sus formas organizativas y sus instituciones (Camargo, 2014).

Por lo anterior, surge la necesidad de observar a la comunidad indígena desde una perspectiva que trascienda la dimensión territorial y que busque ampliar aquellos límites comunitarios, los cuales ya no sólo se suscriben al espacio físico donde se ubica el territorio ancestral donde reside una colectividad étnica y se definen las lealtades primordiales. San Quintín muestra que en la realidad contemporánea de diversos pueblos indígenas de México los límites comunitarios parecen tener una demarcación que no se restringe al ámbito territorial tradicional y que se va configurando por los espacios que se habitan, los cuales van definiendo los nuevos contornos comunitarios. Entramos así a la búsqueda de los nuevos límites comunitarios entre los grupos indígenas que habitan los territorios transfronterizos (Millán y Valle, 2003), así como al debate de la concepción tradicional de territorios étnicos (Lisbona, 2005).

Así, si durante siglos "la comunidad indígena" se ha desarrollado en los territorios tradicionales (Maldonado, 2003), la colonia en San Quintín irrumpe como el espacio que estructura nuevas formas de identidad étnica anclada a un espacio residencial.

Conclusiones

El asentamiento de las poblaciones indígenas jornaleras en México ha sido poco documentado. En este sentido, el valle de San Quintín permite ejemplificar los nuevos procesos de movilidad, que ahora incluyen la permanencia y el arraigo de estas poblaciones. La ubicación geográfica de esta región, así como su integración regional en términos económicos, permiten observar un ejemplo del nacimiento de regiones específicas a partir de su vinculación con la globalización alimentaria. Por lo tanto, la migración y el asentamiento impulsan nuevas configuraciones culturales tanto en la adopción como en el rechazo de procesos complejos que facilitan el redimensionamiento de las identidades étnicas (Barabas, 2008) en los nuevos espacios residenciales.

Como señalan Velasco *et al.* (2014: 346), la celebración de la movilidad como signo de la globalización da por sentado el desarraigo de la fuerza laboral como parte del funcionamiento de un modelo de producción internacional, sin considerar la importancia que la estabilidad y el arraigo tienen para las poblaciones que se desplazan, sobre todo en momentos estratégicos de la reproducción familiar y en la inercia de la reproducción comunitaria e identitaria ligada con el territorio.

Contrario a esta visión dominante, San Quintín se suma a aquellos estudios que han dado cuenta de la evolución de los patrones de movilidad y los sistemas residenciales en este tipo de mercados de trabajo, donde se observa la permanencia de los trabajadores como un nuevo patrón emergente. La evolución de los sistemas residenciales en San Quintín muestra, en efecto, la consolidación de un sistema productivo vinculado con los mercados globales, pero también la irrupción de nuevos modelos organizativos por parte de los trabajadores indígenas en estos espacios globales.

Para los grupos indígenas asentados en la región, lo anterior resulta fundamental, pues además de observar la reterritorialización de la fuerza de trabajo, se intenta mostrar la definición de sujetos y colectividades en la construcción de nuevas comunidades donde se desarrollan procesos emergentes y novedosos de organización social.

Aquí deseamos destacar que la configuración histórica de los grupos indígenas asentados en las colonias de San Quintín ha formado una identidad local poderosa, con un vigor insoslayable que ha sido ca-

paz de trascender los territorios originarios para plantarse en nuevos referentes espaciales como forma de adecuación a los condicionantes impuestos por la modernidad. En este contexto, reconstituirse en un nuevo espacio significa que el grupo étnico funcione como una comunidad en una nueva noción territorial, lo cual implica la proyección de una lógica comunal indígena particular grupal a un ámbito regional. Esto supone la capacidad de incluir a todo el núcleo étnico disperso en la región dentro de una unidad sociopolítica conformada por diversas unidades comunales étnicamente diferenciadas en una red intercomunitaria de relaciones, pero con su núcleo en espacios étnicos específicos, como es el caso de la colonia Nuevo San Juan Copala. Esta cohesión residencial basada en los atributos étnicos facilita el desarrollo de una identidad comunitaria a partir de una nueva identificación cualitativa: la de ser colono.

Sabemos que la organización comunitaria entre los pueblos indígenas representa el desarrollo histórico de formas de organización, producción y reproducción de la vida de manera comunitaria, las cuales se estructuran a partir de estrategias integrales para la satisfacción de necesidades y que integran principios de reciprocidad, intercambio y redistribución. Estas formaciones cuentan como elementos integradores con el territorio, el trabajo y la propiedad comunal, y son una manifestación de la visión colectiva que da significación a la mirada indígena del "ser".

Así, el valle de San Quintín es una muestra reconocible de la creciente visibilidad de la multitud de rostros étnicos que lo habitan. En el aparato productivo, en la estructura política y en la definición de la identidad regional se observan cada vez más el protagonismo de las sociedades indígenas. En el caso del proceso de asentamiento y consolidación del arraigo de estos grupos, la identidad étnica anclada al espacio residencial delimitado por la colonia se ha manifestado como parte de una de las dimensiones políticas de estos grupos, en la medida que expresa las demandas étnicas, las relaciones laborales y las formas de pertenencia y arraigo en la región (Bartolomé y Barabas, 1996: 22).

Las movilizaciones sociales de los trabajadores indígenas del valle de San Quintín que recientemente presenciamos muestran esta dimensión política de la reformulación comunal, lo cual evidencia el rostro étnico de las luchas indígenas frente a los constreñimientos globales, objetivado a partir de una condición residencial: la de ser colono.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun, *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires, Trilce/FCE, 2001.
- Barabas, Mabel Alicia, "Los migrantes indígenas de Oaxaca en Estados Unidos: fronteras, asociaciones y comunidades", en Laura Velasco Ortiz (coord.), *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- Bartolomé, Miguel Alberto y Alicia Mabel Barabas, *La pluralidad en peligro. Procesos de transfiguración y extinción cultural en Oaxaca*, México, INI/INAH (Antropología), 1996.
- Camargo Martínez, Abbdel, "Hermanos, paisanos y camaradas. Redes y vínculos sociales en la migración interna e internacional de los indígenas asentados en el valle de San Quintín", tesis de maestría en desarrollo regional, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2004.
- , "Migración indígena y la construcción de un territorio de circulación transnacional en México", en *TRACE. El Vértigo Migratorio*, núm. 60, diciembre de 2011.
- , "Asentamiento y organización comunitaria: los triquis de Nuevo San Juan Copala", en Laura Velasco, Christian Zolniski y Marie-Laure Coubès, *De jornaleros a colonos: Residencia, trabajo e identidad en el valle de San Quintín*, México, El Colegio de la Frontera Norte, 2014.
- Canabal Cristiani, Beatriz, "Migración indígena. El caso de Guerrero", en *Veredas*, núm. 18, 2009, pp. 169-192.
- Censo de población y vivienda*, México, INEGI, 2010.
- Chávez González, Lilián, "Movilidad laboral. Imposición estructural para la incorporación indígena a los mercados de trabajo en contextos globales", en *Migración y Desarrollo*, núm. 13, 2009, pp. 47-59.
- Coubès, Marie Laure, Laura Velasco y Christian Zolniski, "Asentamiento residencial y movilidad en el valle de San Quintín: reflexión metodológica sobre una investigación interdisciplinaria", en Liliana Rivera Sánchez y Fernando Lozano Ascencio (coords.), *Encuentros disciplinarios y debates metodológicos: la práctica de la investigación sobre migraciones y movildades*, México, CRIM-UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2009, pp. 27-55.
- Encuesta a jornaleros agrícolas en campamentos del valle de San Quintín*, Tijuana, Consejo Estatal de Población/El Colegio de la Frontera Norte, 2003.
- Faret, Laurent y Geneviève Cortés, *Les circulations transnationales: lire les turbulences migratoires contemporaines*, Armand Colin, 2007.
- Garduño, Everardo, Efraín García y Patricia Morán, *Mixtecos en Baja California. El caso de San Quintín*, Mexicali, UABC, 1989.
- Granovetter, Mark, "The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited", en *Sociological Theory*, vol. 1, 1983, pp. 201-233.
- Lara Flores, Sara María, "Espacio y territorialidad en las migraciones rurales. Un ejemplo en el caso de México", en

- Pablo Castro Domingo (coord.), *Dilemas de la migración en la sociedad posindustrial*, México, UAEM/AUM-1/Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- Lisbona Guillén, Miguel (coord.), *La comunidad a debate. Reflexiones sobre el concepto de comunidad en el México contemporáneo*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Universidad de Artes y Ciencias de Chiapas, 2005.
- Maldonado Alvarado, Benjamín, "Organización social y política", en Alicia Mabel Barabas, Miguel Alberto Bartolomé y Benjamín Maldonado, *Los pueblos indígenas de Oaxaca. Atlas etnográfico*, México, FCE/Secretaría de Asuntos indígenas del Gobierno del Estado de Oaxaca/Etnografía de los Pueblos Indígenas de México-INAH-Conaculta, 2003.
- Millán, Saúl y Julieta Valle, *La comunidad sin límites. Estructura social y organización comunitaria en las regiones indígenas de México*, México, INAH-Conaculta, vol. I, 2003.
- Mora Ledesma, María Isabel, "Mujeres, cultura laboral y agroindustria: un estudio de caso en el valle de Arista, San Luis Potosí", tesis de doctorado en antropología social, México, IIA-UNAM, 2002.
- Palerm Viqueira, Juan Vicente, "De colonias a comunidades: la evolución de los asentamientos mexicanos en la California rural", en Sara María Lara Flores (coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Conacyt/Miguel Ángel Porrúa, 2010.
- Saldaña Ramírez, Adriana, "La construcción del territorio circulatorio de una comunidad nahua del Alto Balsas", en Kim Sánchez y Adriana Saldaña (coords.), *Buscando la vida. Productores y jornaleros migrantes en Morelos, México*, UAEM/Promep-SEP/Plaza y Valdés, 2009.
- _____, "La constitución de la zona de Tenextepango como centro de contratación de mano de obra de alta movilidad para las cosechas de hortalizas en las regiones centro y noroeste del país", tesis de doctorado en ciencias agropecuarias y desarrollo rural, Cuernavaca, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2014.
- Stephen, Lynn, *Transborder Lives. Indigenous Oaxacans in Mexico, California and Oregon*, Durham, Duke University Press, 2007.
- Tarrius, Alain, "Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias. Conveniencia de la noción de territorio circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXI, núm. 83, verano de 2000, pp. 39-66.
- Vargas, Susana y Abdel Camargo M., "Migración, trabajo y organización intrafamiliar: el papel de las mujeres y niños/as indígenas en una región intermedia de migración. El valle de San Quintín, B. C.", en Blanca Suárez y Emma Zapata M. (coords.), *Ilusiones, sacrificios y resultados: El escenario real de las remesas de emigrantes a Estados Unidos*, México, GIMTRAP (Pemsa, 6), 2007.
- Velasco, Laura, "Migraciones indígenas a las ciudades de México y Tijuana", en *Papeles de Población*, núm. 52, abril-junio de 2007, pp. 184-209.
- _____, *El regreso de la comunidad. Migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*, México, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte, 2002.
- Velasco, Laura, Christian Zolniski y Marie-Laure Coubés, *De jornaleros a colonos: Residencia, trabajo e identidad en el valle de San Quintín*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2014.
- Zabin, Carol, *Mixtex Migrants in California Agriculture: A New Cycle of Poverty*, Davis, California Institute for Rural Studies/Aspen Institute/Ford Foundation, 1993.